

SARAMAGO

Juan Macías Troyano

Ahora se escriben muchas novelas. Cuando alguien me pregunta por la mía, es muy usual que lo haga como si diera por segura la respuesta: “¿Has escrito una novela histórica”? Si alguien sabe que estoy escribiendo una novela, la pregunta obligada es otra: “Con que escribiendo una novela, entonces estarás reuniendo datos, habrás tenido que viajar para recabar información”. No, amigo mío, ni mi novela es histórica ni viajo ni hago acopio de datos.

Frente a esta moda, en la que los personajes y parte del argumento ya vienen prefabricados, necesitados sólo de un maquillaje con polvos de arroz, Saramago es la capacidad fantaseadora, la facilidad de inventar. De esas cualidades sería de esperar que brotara una historia más o menos enrevesada, y poco más. Pero tras la historia lo que hay es denuncia, luz sobre penumbras sociales, políticas: humanas en definitiva.

Saramago es el novelista que filosofa sobre la realidad, es el dramaturgo (porque también lo es) que piensa, que muestra senderos sin transitar. Saramago es el gran guía moral de nuestro tiempo. Es un tiempo enfermizo y necesitado de médicos que le insuflen energía, pero mayormente energía pensante. Como dice en la escena final un personaje de “El jardín de los cerezos”, la obra de Chejov que acabo de ver gracias a la tecnología que en otros casos aborrezco, “la vida se ha pasado y no me he dado cuenta que he vivido”.

Y es que es necesidad perentoria darse cuenta mucho antes, cuando la edad aún permite hacer algo. Nunca es tarde, por otra parte. Solamente hay que ser conscientes, una de las grandes lecciones de Saramago. Ser conscientes de la realidad que vivimos, de todo cuanto la acompaña. Es demasiada la gente que vive como el músico de una orquesta que, abstraída su atención en la batuta del director, se olvida de seguir la partitura y deja de tocar su instrumento. Si todos los componentes de la orquesta hicieran lo mismo, se acabó la música, todo sería dirección, jefatura, mando.

Nos dejó Saramago cuando más falta hacía. Fue el último gran y verdadero maestro. El siglo XXI ha saqueado las humanidades y ha entronizado la tecnología. Los ciudadanos de este mundo desorientado, si cabe hablar de auténticos ciudadanos, son piezas de una gigantesca maquinaria que oprime mientras suena de fondo una música adormecedora de conciencias. Ha desaparecido todo vestigio de cultura y de pensamiento crítico bajo el pretexto de una innovación mal entendida, paradójicamente más destructora que creadora.

La instalación de la mentira en la sociedad y en la actividad intelectual cuenta con una cima de la inverecundia, que es la política. También ahí dicta Saramago su lección magistral de sinceridad. Adscrito a una ideología concreta, aunque

me cuesta creer que al partido que apócrifamente la representa, se vuelve contra sus desmanes históricos para exigir su constricción.

Como no quedan hombres así, es necesaria la reivindicación permanente del valor humano, literario y cívico de este Alonso Quijano portugués armado con la adarga de la razón.